

Así como había abandonado a todos los sacerdotes, también dejé a los predicadores independientes y también a aquellos que eran reputados de mayor experiencia, pues vi que no había entre ellos ni uno solo que pudiera hablarle a mi condición. Y cuando todas mis esperanzas en ellos y en todos los hombres se habían desvanecido, hasta tal punto que no tenía nada externo que me ayudara, ni sabía qué hacer, entonces, ¡oh! entonces, oí una voz que me decía: “Uno hay, y es Jesucristo, que puede hablarle a tu condición”; y cuando esto oí, mi corazón saltó de alegría.

Luego el Señor me dejó ver por qué no había nadie en la tierra que pudiera hablarle a mi condición, para que yo le diera a Él toda la gloria. Porque todos se hallan encerrados bajo el poder del pecado, y presos en la incredulidad como yo lo había estado, a fin de que la preeminencia la pueda tener Jesucristo, el que ilumina, da gracia, fe y poder. Y de esta manera, cuando Dios obra, ¿quién se lo impedirá? Y esto lo supe por experiencia.

Mis deseos por el Señor se hicieron más fuertes, y también mi celo por el conocimiento puro de Dios y sólo de Cristo, sin ayuda de hombre, libro o escrito alguno. Pues aunque había leído las Escrituras que hablan de Dios y de Jesucristo, así y todo no le conocí sino por revelación cuando el que tiene la llave abrió,* y cuando el Padre de vida me atrajo hacia su Hijo por su Espíritu. Entonces el Señor me condujo poco a poco y con ternura, permitiéndome ver que su amor eterno y sin límites sobrepasa todos los conocimientos que el hombre natural posee, o que puede adquirir por la historia o los libros; y este amor permitió que me viese a mí mismo como yo era sin Él. Y temí toda compañía humana porque vi perfectamente la condición en que ellos estaban y esto lo vi a través del amor de Dios que me había permitido verme a mí mismo.

En otra ocasión vi el gran amor de Dios, y me llené de admiración al ver cuan infinito era; entonces vi lo que era rechazado por Dios y lo que entraba en el Reino de Dios: y vi cómo Jesús, abridor de la puerta con su llave celestial, daba la entrada; vi la muerte y cómo había pasado sobre todos los hombres, oprimiendo la semilla de Dios, en ellos y en mí; y vi cómo yo en la Semilla fui librado, y vi lo que la promesa brindaba. Estaba en tal situación que me parecía como si dos seres estuviesen implorando dentro de mí; se levantaron en mi mente inquietudes sobre dones y profecías; y otra vez, fui tentado a desesperar, como si hubiese pecado contra el Espíritu Santo. Estuve perplejo y en grandes ansias por muchos días. No obstante, seguí rindiéndome al Señor.

Un día después de un paseo solitario, llegado a casa, me sentí elevado en el amor de Dios, de tal manera que no pude menos que admirar la grandeza de su amor. Mientras así me sentía, se me abrió* y vi claro, por la eterna luz y poder, que todo había sido y sería hecho en Cristo y por Cristo; que Él conquista y destruye al diablo tentador y todas sus obras, y que lo tiene siempre bajo sus pies; y que todas estas aflicciones eran un gran bien para mí, y que las tentaciones eran la prueba de la fe que Cristo me había dado. Siempre que mi espíritu se ensombrecía, Él mantenía firme mi creencia secreta; en lo profundo, la esperanza me sostenía como ancla en el fondo del mar sujetando mi alma inmortal a su Obispo, para que así nadara sobre el océano que es el mundo, donde se encuentran todas las olas furiosas, el mal tiempo, las tempestades, y las tentaciones.